

los ideales del *dominium mundi*. Y en la parte segunda estudiaba la proyección de esta política del Papado de aquella época sobre la Península Ibérica.

El régimen de cristiandad es el propugnado por el poder autocrático que pretenden tener los Papas. Estos Pontífices duros con los Reyes, como Hildebrando, el Papa Gregorio VII, lo fue con el Emperador Enrique IV, no son los defensores del pueblo contra la tiranía imperial, sino unos señores prepotentes que se desentendían de la gente corriente, a diferencia de los grandes santos de los primeros siglos cristianos, como San Ambrosio o San Martín, grandes defensores del pueblo contra la tiranía regia.

Los famosos *Espajos de príncipes* de la época consideran al Rey como un ministro de la Iglesia, y con esa expresión resumen los anhelos alto eclesiásticos de entonces. En aquel tiempo es cuando el Papa puede liberar a los súbditos suyos —los fieles— del juramento de obediencia al Rey cuando el Papa lo excomulga. Así empieza ese amplio clericalismo posterior, en el que todo está subordinado al Papa *ratione peccati*, en razón del pecado que se puede cometer con cualquier acto humano profano.

Punto de vista que indirectamente influye en la teoría posterior de la potestad eclesiástica indirecta sobre las cosas de este mundo. Y así es como los hombres no se liberaron nunca durante la Edad Moderna y Contemporánea de la dominación clerical. Salvo algunas excepciones históricas notables, como la del famoso franciscano Guillermo de Occam, o la de San Francisco de Sales y las de algunos tomistas como Juan de París y nuestros teólogos clásicos del siglo XVI, que negaron al Papa toda potestad indirecta, como la que le concedía, sin embargo, el jesuita San Roberto Belarmino en su moderno tratado sobre el Papa.

Son muy interesantes las reflexiones de Barreiro sobre la ética medieval, representada por Santo Tomás de Aquino. Este santo —de tanta influencia decisiva en el pensamiento católico de siglos— no condena la desigualdad social, sino que la consagra como voluntad de la Providencia. Su visión del mundo, influida por Aristóteles, es jerárquica y estática. El orden es riguroso y no se puede variar. De ahí la estratificación por clases inmovibles por él propugnada, que llega a influir hasta en el pensamiento de León XIII y Pío X en la Edad Contemporánea, cuando pretenden tratar del problema social canoni-

zando la estructura rígidamente jerárquica de la sociedad.

La "economía de intercambio", aparecida en el siglo XI, hizo declinar "la economía natural" del feudalismo, pero no del todo. Y la gran ola de defensores del pobre —como fueron los valdenses, humilati, fraticelli y primitivos franciscanos— merece el olvido de Santo Tomás de Aquino, el cual no introduce esta cualidad revolucionaria —el desprecio del afán de riquezas— en su teología, sino que la eleva como virtud al rango meramente espiritual de los frailes, pero no constituye un elemento social de transformación como lo es actualmente la teología de la liberación y como lo fue ingenuamente —utópicamente— la "pobreza" en esos movimientos heterodoxos del Medievo.

Todo esto lo vierte el autor hacia nuestra Historia hispana para aclarar lo que en ésta se resiste o acepta de este *dominium mundi* que intentaron los Papas.

Y aunque ahora parece que estamos alejados de estas posturas teocráticas, indirectamente estamos bajo la impronta de muchas pretensiones clericales ocultas que se relacionan sutilmente con estos hechos medievales tan criticables, que pueden servir de enseñanza y escarmiento para evitar caer en esos males de cara a nuestra próxima Constitución. ■ E. MIRRET MAGDALENA.

Hambre americana

Hace años circuló profusamente por los países de habla



Richard Wright.

inglesa un libro de bolsillo que reúne los testimonios desencantados de varios conocidos escritores, todos los cuales tenían en común una reciente experiencia negativa en las filas de algún partido comunista. Entre ellos estaban Arthur Koestler, André Gide, el italiano Ignazio Silone y el norteamericano Richard Wright. El libro se titulaba *The god that failed* ("El dios que falló") y era el típico cóctel anticomunista de guerra fría. Una cosa, sin embargo, era el producto editorial y la finalidad ideológica con que había sido concebido, y otra, muy distinta, el valor de cada uno de aquellos testimonios individuales, cuya sinceridad sería, en cualquier caso, absurdo negar.

Del último de los citados, el novelista norteamericano de raza negra Richard Wright, acaba de traducirse precisamente ahora un relato autobiográfico que recoge las experiencias del autor durante los años dramáticos de la gran depresión en la industrial Chicago, a donde ha-

bía llegado, un emigrante negro más, desde el Estado sureño de Mississippi, en el que naciera en 1908.

A lo largo de las casi doscientas páginas de *Hambre americana* (1), el autor de *Native Son* y *Black Boy*, los dos libros que dieron más fama al autor en los años cincuenta, Richard Wright va poniendo al desnudo, con penetrante capacidad de introspección, la extraordinaria complejidad del alma negra, el retorcido sentimiento de amor-odio del negro norteamericano hacia una civilización que le detesta, pero de la que él se siente parte orgánica, y la autenticidad difícilmente igualada de sus vivencias más profundas, que contrastan poderosamente con la superficialidad de sentimientos y de aspiraciones de los blancos que encuentra a su alrededor. ("Para aquellas ignorantes muchachas blancas —escribe con nada disimulado orgullo de sus compañeras de trabajo—, el comprender mi vida hubiera significado nada menos que una revolución de las suyas". Y también, más adelante, entre crítico y despectivo: "El vocabulario de sus almas eran las letras de las canciones populares".)

A través de las roussonianas confesiones del autor asistimos a la lenta formación del carácter y a la creciente toma de conciencia del joven Wright respecto de sus posibilidades de expresar los sentimientos más profundamente arraigados en el alma colectiva de su raza. Enfrentado a un medio hostil, como cualquier emigrante negro que trata de abrirse camino en

(1) Traductor: Antonio Samons. Editorial Noguer, Barcelona, 1978.

El Espasa, renovado

COMO en el PSOE, hay un Espasa "histórico" y uno "renovado". El primero es de todos conocido. Es una obra insólita en el panorama editorial español y casi universal. Antonio Ramos-Oliveira dijo así: "¿Cómo ver sin asombro que España, la nación de mayor coeficiente de analfabetismo en Europa, haya dado a las prensas una obra del rango de la enciclopedia Espasa, única en el mundo por su lujo y por sus dimensiones?".

Llevaba mucha razón el gran historiador socialista. La aventura que José Espasa iniciara allá por los comienzos del siglo XX va unida en el mundo a empeños como "Der grosse Brockhaus", la "Entsiklopeditskij slovar", la "Bolchaia sovietskaia entsiklopedia", la Británica... Andando el tiempo, Espasa se fusionaría con Calpe (Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones).

Espasa-Calpe, por una u otra rama, se relacionan en la historia de la cultura española con nombres como Salvat, Gallach, Urgoiti, "El Sol", "La Voz", Papelera Española, Ortega, la Colección Universal, la Casa del Libro, Austral, etcétera.

Ahora aparece el Espasa "renovado". Un nuevo diccionario en doce tomos a color. La nota editorial habla de 25.000 artículos, 26.000 ilustraciones, 11.000 páginas, 12.000 biografías, etcétera. Y en lo inmediato del secuestro y asesinato de Aldo Moro, incluido en su tomo correspondiente. Junto a estos datos está el medio siglo de historia, cumplido a finales de 1975, de la editorial y una tradición con nombres tan notables como Ortega, Lafora, Morente (cuando era civil), Cajal, Pittaluga, Bello, Cereceda o Menéndez Pidal. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

el Norte, el todavía escritor en ciernes se sentirá inicialmente atraído por la camaradería y la ausencia de todo asomo de odio racial entre los comunistas, a quienes conoce en su deambular solitario por las calles de Chicago. En un primer momento, al menos, Wright creará encontrar en el partido de los comunistas norteamericanos ese flujo de ideas, esa íntima comunidad de sentimientos que es para él como la savia vivificante del organismo social. ("Mi vida de negro americano me había llevado al convencimiento —por más que mi indefensión me hubiese inducido a ocultármelo— de que el problema de la unidad humana era más importante que el pan, más que la propia vida física".)

Su actividad militante la desarrollará, sobre todo, Wright en el marco de ciertas organizaciones culturales, como los clubs John Reed. Sin embargo, su entusiasmo va a durar bien poco: su espíritu crítico y liberal se dará una y otra vez de cabeza con la inflexibilidad y el dogmatismo de los funcionarios del partido, más atentos a la estereotipada consignas que les llegan de arriba que preocupados de analizar las situaciones concretas en busca de soluciones originales.

Wright descubrirá también con amargura que el odio racial ha sido allí sustituido por un odio no menos irracional hacia los intelectuales, considerados por muchos militantes incapaces de ver más allá de sus propias narices como traidores de clase en potencia. Una y otra vez, aunque en vano, criticará la ceguera de sus camaradas, su falta de imaginación al repetir fórmulas y trasplantar esquemas que sí dieron resultado en la revolución bolchevique, no por ello estaban menos alejados de la realidad norteamericana. Pero, sobre todo, le repugnará el espíritu sectario e intolerante de muchos de sus correligionarios, obsesionados únicamente por descubrir trotskistas y enemigos de clase infiltrados en las filas del partido, y cuyas consecuencias él sufrió dramáticamente en su propia carne.

El dramático relato final del desfile del primero de mayo de 1936, cuando el autor, que no consigue encontrar a los miembros de su sindicato, decide aceptar la invitación de un antiguo camarada para unirse a la sección del PC, y acaba viéndose expulsado violentamente de las filas comunistas por otros militantes que ven en él a un traidor, no puede por menos de dejar en el lector, comunista o no, un denso poso de amargura. ■ JOAQUIN RABAGO.

La rebelión de los jueces

El régimen franquista era un árbol de robusta apariencia, pero tan carcomido en su interior que no fue necesario derribarlo, sino, simplemente, sustituirlo por otra cosa.

Las dos instituciones básicas de un Estado: el Ejército y los Tribunales, deben ser las últi-



mas en mostrar señales de descontento. En el caso español, la primera, bien que de modo muy reducido, tuvo por expresión a la UMD; la segunda, a Justicia Democrática, en cuyas filas figuraban desde demócratas cristianos a comunistas.

El libro que acaba de aparecer con el título "Los jueces contra la dictadura" (Justicia y Política en el franquismo), es una recopilación de escritos colectivos elaborados por Justicia Democrática desde 1971 hasta su Congreso Nacional, celebrado en enero del año pasado.

El grueso de la obra lo componen las cuatro memorias anuales que, en el período 1971-74, elaboraron los componentes de JD y fueron distribuidas clandestinamente entre el personal técnico de la Administración de Justicia. El contenido de estos textos constituye un valioso aporte histórico para analizar el aparato legal canalizador de la política franquista.

El descontento de los magistrados, jueces, fiscales y secretarios de Tribunal que organizaron JD, tuvo su origen —según se explica en el breve prólogo del libro— como forma de resistencia profesional a condicionamientos extraprofesionales, los cuales, a su vez, eran consecuencia de la política judicial del régimen, basada en tres aspectos: la consideración del 18 de julio como fuente de derecho, el mantenimiento de jurisdicciones especiales para los llamados delitos políticos, y el control por el ejecutivo de las jerarquías judiciales.

Es lástima que un libro como éste carezca de testimonio personal, de narración que envuelva el contenido académico y riguroso de los textos. ¿Cómo, dónde y cuándo se creó exactamente JD? ¿Qué vicisitudes tuvieron que superar sus organizadores? ¿Qué papel tuvieron los partidos políticos en su desarrollo? ¿Cómo escaparon sus miembros de la vigilancia policial? Todo eso hubiera constituido, en boca de los propios protagonistas, un magnífico relato.

JD fue una de las últimas organizaciones antifranquistas en salir a la luz pública. Lo hizo el 24 de noviembre de 1977, cuando un grupo de cinco delegados fue recibido en audiencia por el presidente de las Cortes (a quien hicieron entrega de las memorias anuales) y por el presidente del Congreso.

Según cifras aparecidas en la prensa, Justicia Democrática —que formó parte de la Junta Democrática y de la Platajunta— agrupa a unos 200 miembros, el 10 por 100, aproximadamente, de los cuadros técnicos de la magistratura española. Pese a los recientes cambios políticos, el grupo se muestra contrario a su disolución, pues considera que sus objetivos últimos ("lograr una justicia libre y democrática") no han sido aún logrados.

En el futuro de JD figura también la necesidad de promover un Sindicato de la Magistratura, al estilo del que existe en Francia, y con el que mantiene contactos.

Según declaraciones de uno de sus fundadores, Plácido Fernández Viagas, hoy presidente de la Junta de Andalucía y senador socialista por Sevilla (ver TRIUNFO, 26-XI-76), existe un antecedente directo de JD en el movimiento democrático de la magistratura surgido en la Italia de la posguerra, al permanecer intacta gran parte de la es-

tructura judicial fascista. Dicha corriente, basada en la tesis del "uso alternativo del derecho", apunta a una cierta función creadora de derecho insita en la actividad judicial, lo que se traduce en otra de las exigencias básicas de JD: un poder judicial pleno e independiente, con órganos propios de gobierno y gestión. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

Teatro antropofágico, de Martínez Mediero

No sé si fui yo quien primero propuso calificar de "antropofágico" cierto teatro de Manuel Martínez Mediero. En todo caso, lo que sí es seguro es que, desconociendo cualquier posible antecedente, me permití llamarlo así en una introducción a "Las hermanas de Buffalo Bill", de la editorial Fundamentos. Y que ahora, la misma editora ha publicado bajo ese título general tres obras del autor extremeño: "El convidado", "El último gallinero" y "Las planchadoras".

Salvo "El convidado", que mantiene su primera redacción, los otros textos han sido sometidos a importantes modificaciones, por razones especialmente ideológicas en el caso de "El último gallinero", y por razones principalmente poéticas o estilísticas en el de "Las planchadoras", texto que pasa, con razón, por ser el mejor de Mediero, aunque no exento de cierto desequilibrio formal.

Martínez Mediero estrenó en Madrid, en un plazo relativamente breve, en manos de conocidas compañías profesionales, hasta cuatro títulos. Los dos primeros, aparte de un claro éxito de público, merecieron

Manuel Martínez Mediero.

